
CAPILLADA 34. NOVIEMBRE 23 DE 1837.

FR. GERUNDIO.

El infierno.

Ea: ya tenemos á Fr. Gerundio metido en el infierno de golpe y porrazo; tan de golpe y porrazo que ni siquiera le dió tiempo para poner un canon, ó un testamento, ó cosa equivalente. Sin embargo, ni me he muerto todavía, ni estoy en el centro de la tierra, que es donde le colocan las leyendas. Tampoco estoy en ninguna casa de poco pan y muchos hijos, ni entre un matrimonio mal avenido, ni entre suegras ó madrastras; cada punto de los cuales suele decirse que es un infierno en vida. Yo Fr. Gerundio sin suegra, muger, hi-

Tomo II.

jos ni madrastra, verdadero *solipso* por parentesco de afinidad, vengo de ver el infierno por tener el gusto de dar una capillada infernal. Para verle, apenas he necesitado salir del convento, porque casi le veo desde la ventana de la celda; pero en fin, he tenido que moverme; y para no malgastar el tiempo, he querido hacer de una via dos mandados, ver el infierno, y oír misa (porque yo soy tan cristiano como constitucional, tan constitucional sin mezcla de sectas falsas, como cristiano viejo sin mezcla de judío, prescindiendo ahora de la famosa cuestión del rabo). Oí misa pues, y me quedé un rato á contemplar el infierno de la catedral, porque en la catedral es donde se halla el infierno que yo digo.

No crean ya los lectores suspicaces que hablo por el cabildo; por ahora no trato yo de ventilar si los cabildos han pasado del cielo al purgatorio, ó de la gloria al limbo, ó si esperan ó no algun advenimiento. Hablo de otro infierno que está sobre una de las puertas de la catedral que miran á mediodía, en un arco gótico: es de piedra, y constituye una de las curiosidades que deben llamar la atención de nacionales y extranjeros.

En primer lugar se observa que en aquel infierno todos los diablos son gordos, y todos los condenados flacos: por lo visto, lo mismo sucede allí que por acá en la tierra, en las aguas y en la atmósfera. Las ballenas se tragan las sardinias; los milanos cazan y se tragan los ruisseñores y gilgueros:

aquellos son los demonios de las aguas, y estos los potentados de los aires. Se ve una porcion de cuerpos humanos á medio engullir; ¡qué gente tan tragona debe ser los tales diablos! Asi están ellos de gordos. A unos les han empezado á tragar por la cabeza y á otros por los pies; sin duda por donde primero los han podido agarrar; pero de todos modos el escultor ha hecho un cuadro cochino, porque á todos les ha dejado el trasero fuera de la boca. Y á la verdad que ninguno debe pasar hambre, porque vi que sobraba alimento, al menos para los que estaban presentes. El artista podia ser tambien un poco gastrónomo; cortado para fondista.

Hay otros demonios, que ó bien porque tengan la comida hecha, ó bien porque les guste mas la vianda cocida que cruda, se ocupan en echar cuerpos en calderas hirviendo, que supongo serán las que llaman de Pedro Botero. No he podido reconocer á este personage por mas que he hecho: acaso estaria en alguna oficina interior estañando alguna caldera que con el calor se habria desestañado. Hay Polifemo de aquellos que descargan tres ó cuatro cuerpos á un tiempo en aquellos soberbios calderones. Está figurado el hervor de estos y la llama del fuego que tienen debajo: pero no he podido menos de estrañar el ver algunos sapos asomando el hocico al borde de las calderas: precisamente serán incombustibles, porque sinó se escaldarian, y retirarian; sino con viveza, á lo me-

:

nos á su paso. Otra de las cosas que me ha llamado la atención en este infierno es un diablejo que está soplando el fuego con un fuelle: tiene una montera en la cabeza, única ropa que allí se vé: cómo no se le quema, yo no lo entiendo: será por ser de piedra; ¿pero qué diablos de necesidad tenía el artífice de llevar allí aquella montera? ¿O con qué objeto la colocó en la cabeza del diablo atizador? Precisamente el tal diablo tenía algun lobanillo que ocultar, ó cosa así: por quitar el frío, dado caso que fuese calvo, no creo yo que la trajese, porque debía sobrar calor. El caso es que la hizo de tan extraña construcción que no he podido descifrar si aquel demonio fue algun manchego, ó natural de las montañas de Leon: porque era bueno saber si era algun paisano ó amigo el encargado de atizar en aquellos sitios, pues como suelen decir, amigos aunque sea en el infierno; y en fin, siempre había de tener alguna consideración al paisanage, á pesar de que los paisanos suelen ser peores: á lo menos con algunos de esta provincia se está experimentando eso. A algunos diablos les faltan las cabezas: quiere decir que hay por acá diablos peores que los mismos diablos: muchachos de la piel del demonio, que no dejan cabeza á vida.

Cuando estaba yo contemplando esto desde el atrio de la catedral, no podía menos de sonreírme; y los que pasaban no podían creer que tenía la cabeza llena de ideas infernales. Lo mas par-

tiular es que cerca del infierno en el mismo arco han figurado la gloria: tan cerca que casi se confunden; como que hay allí uno tocando una especie de clave ú organillo que no sé sabe á que departamento pertenece. De todos modos, la música deben estarla oyendo los condenados. Si la han puesto allí tan inmediata con ese objeto, desde luego digo que es atormentar á lo portugués, que cuando están sacrificando á uno á palos hacen á las músicas tocar animadas marchas y alegres rigodones: si los portugueses han tomado esta parte de táctica del infierno, ó en el infierno han querido adoptar la escuela de los portugueses es punto que yo Fr. Gerundio no he podido apear. En el infierno no se ve mas Angel que S. Miguel pesando cuerpos en vez de almas en una balanza; por cierto que no sé que bien le piute á uno de los dos cuerpos, que ha hecho bajar el platillo casi hasta las mismas calderas. En la gloria se ven, sí, muchos angeles, pero aun hay mas frailes que ángeles; todos con sus hábitos para que se les conozca; supongo que tampoco les harán allí mucha falta, pero el escultor no lloró la tela, y nos trajo allí un capítulo entero.

Cerca del arco, arrimadito á la puerta de la gloria está un san Pedro voluminoso y de cuerpo entero con las llaves en la mano: sin embargo no abre él nunca la puerta; son los canónigos los que la abren, y solo en los dias solemnes: siendo lo particular, que consistiendo la puerta en dos hojas

una correspondiente al infierno y otra á la gloria, los canónigos las abren á un tiempo, entran y salen indistintamente por una y por otra sin reparar.

¡Válgame Dios!, dije por último, reflexionando seriamente: así se pone en ridículo la idea sublime imponente y religiosa de los lugares destinados al castigo de los delitos ó al premio de la virtud: así extravía la opinion de la multitud que no sabe juzgar sino por los sentidos: ve sapos de piedra, y cree que hay sapos en el infierno; ve fuelles y cree que hay fuelles; ve monteras, y cree que hay monteras, ve diablos engullendo cuerpos, y cree que los cuerpos son pasto de los diablos; ve pianos en el cielo, y cree que allí se tocarán rigodones, marchas ó retretas; ve hábitos de frailes, y cree que los hábitos llevan derechamente á la gloria. ¿Por qué no se han de imprimir otras ideas mas nobles, mas grandes, mas sublimes mas verdederas, mas conformes al espíritu del evangelio y de la doctrina de todos los libros sagrados en los entendimientos y corazones de los hombres?

De estos cuadros se valen los enemigos de la religion católica para desacreditarla, haciendo de los abusos armas para combatir su santidad, y esto es lo que quisiera evitar Fr. Gerundio al hacer la crítica de los mismos cuadros.

LOS ESTILOS.

Señor, déjeme V. hablar algo, que ya dió V. el otro día la capillada entera sin dejarme meter baza, y hoy va V. llevando traza de hacer lo mismo; yo bien le entiendo á V. Cuando V. quiere hablar allá con aquellos perifollos que ni Dios ni el diablo le entiende, la echa V. de majo, como que no me necesita á mí; y cuando quiere decir una claridad á algún personaje así de tal, entonces sale muy lísto el pobre Lego, y siempre está Tirabeque en campaña. Como si no me necesitara V. nunca, así empezó el otro día un artículo diciendo; *subamos el estilo un par de octavas reales.*—No eran octavas reales, hombre, sino octavas de música; tú no entiendes de esas cosas.—¿Que no entiendo? ¿Quiere V. que le eche una octava real en una música que le deje á V. patitieso?—A ver, hombre; veamos lo que da de sí ese ingenio.—Ahora lo verá V.: ya la traigo trascurrida.

Yo Pelegrin Tirabeque Lego Legonis,
fámulo famélico del Gerundiano Febo,
porque satélites mundani non pagan pensionis,
y si mandúco algunam cosillam á mí amo lo debo,
que legui, aunque claudicantes, non sun camaleonis;

et fican in portugués si les falta el cebo ;
yo de los Legos antropófago Serafin
quiero poner dos renglones á San Crispin.

—No esperaba yo otra cosa de tí, hombre: ya-
ya que eres el Lego mas inconsútil que he cono-
cido; en lo único que has estado feliz ha sido en
llamarte antropófago.—¿Y en los latines no? Ha-
ré lo que V. que cuando habla en latin, los mas
de los canónigos se quedan en ayunas; yo hablo
para todos.—Tu debes ser mas humilde, digo yo;
y no aplicarte el dictado de serafin, vanidoso: tú
debias esplicarte en estos términos hablando con
un santo.

Yo de los Legos la asquerosa escoria,
humilde hormiga, inmundo escarabajo,
que debiera tirar por una noria
ó servir en los huertos de espantajo,
majadero de carta ejecutoria,
que besar no merezo tu zancajo:
á ti, Crispin divino, unos renglones
quiero escribir manchados de borrones.

Ahí tienes una octava bien medida y bien hu-
milde.—Ya, ya: no está mala la jaculatoria, se-
ñor; eso ya es tratarme como un estropajo ¿A qué
no se esplica V. con esa humildad cuando se le
ofrezca poner su hoja de servicios? Sino que en
pellejo ageno se receta bien; no pues...!!! ya sabe

V. que *las injurias personales no se satisfacen escribiendo.*—Vaya, no te enfades, Fr. Pelegrin, que todo ha sido una broma; pero créete, que conven-
dria mucho humillar de este modo á todos los qu^e
rabian por hablar y se afanan por lucirlo saliéndose
de su esfera.—Pues acabóse, señor: si V. me
perdona á mí, yo tambien le perdono á V. Ahora
me dirá V. que le parece de una carta que traigo
aqui escrita para S. Crispin en estilo mas lego y
mas zapateresco.

CARTA DE TIRABEQUE Á SAN CRISPIN.

Amigo Crispinetas: me alegro que te halles tan
bien acomodado ahí en el cielo, hombreado hasta
con los santos escritores. Por acá nos vamos inge-
niando para hacer de personas: no habreis dejado de
extrañar por allá el que hasta los legos nos haya-
mos metido á periodistas: tambien por acá ha he-
cho novedad la ocurrencia de mi amo, que es el
que lo inventó y me metió á mí en el verengenal. Mi
amo allá se entiende con su S. Lucas, que por la
cuenta tambien pudo ser periodista, cuando estuvo
por acá; como mi amo anduvo á los estudios mucho

tiempo, no hace mas que escribirle si se abren ó no se abren; la cabra siempre tira al monte. Yo creo que lo que meños falta hace son los estudios porque pienso que segun están las cosas, toda la ciencia se reduce á ver quien es el que mata mas hombres; el otro dia estuve viendo el ejercicio de los movilizados, y cuando calabán bayoneta, y marchaban á paso de ataque, decia yo á mi amo: señor, ahí van las leyes, y la justicia y los estudios todo junto.

Me dirás, amigo Crispinillo, cuánto acostumbran á durar por esas alturas los estados de sitio; pues aqui en esta provincia ya no nos acordamos cuando empezó; y aunque en cincuenta leguas en cualquier direccion que sea no hay facciones que merezcan la pena, *el gobierno* parece que quiere tenernos sitiados. Aqui en la ciudad no se hace sensible, gracias al hermano que tenemos de comandante, que no lleva las cosas con rigor: pero en los pueblos son el demonio; no dejarás de conocer á Rascon el zapatero, y á Leandro, uno que fue cabo de realistas; pues de estos dos se valió un comandante de armas para ir á registrar la casa de un ciudadano honrado, pacífico, individuo que fue el año pasado del ayuntamiento constitucional de Barjas (bien te acordarás donde está Barjas), los cuales acompañados de dos miembros de justicia hicieron su rebusco en la tal casa como en otras muchas; y habiendo hallado un cañon viejo de escopeta con tiro y medio de pólvora

vora y unos granos de municion, le impusieron la multa de 500 rs. que habia de entregar precisamente en el término de dos dias al comandante de armas del partido. El pobre hombre por mas que anduvo buscándolos de amigo en amigo, no pudo reunir mas que catorce duros, y con ellos se presentó á aquel señor. Buenas y gordas: este se cuadró en sus veinte y cinco, y despues de haber hecho al infeliz andar de puerta en puerta por la villa pidiendo y no encontrando, le mandó encerrar en el fuerte, en donde le tuvo ocho dias, al cabo de los cuales habiéndose presentado su muger con el completo hasta 400 rs. que como de limosna pudo arañar á fuerza de humillaciones y sacrificios, logró por fin la libertad de su marido. Mira si le salió á buen precio el cañon viejo é inutil y los granos de pólvora, como que quedó perdido para todo el invierno. Yo aqui no tengo cuidado, pero si por casualidad fuese á aquel partido lo primero que haria era presentar el cañon de un fuelle viejo de la cocina del convento, para no incurrir en la multa y la prision. Ahora mira si aunque sea en estado de sitio se les da comisiones bien delicadas á los zapateros Rascones y á los israelitas. Y de esto ha pasado mucho en otros pueblos, segun me han informado otros hermanos legos que andan por ahí pidiendo limosna.

Sabrás como todavia no me he casado, y que los pueblos están agoviados de contribuciones; y que los ministros dicen que todos son transitorios.

Los periódicos siguen llenándose de basura unos á otros, menos el de mi amo, que no se mete con ninguno de ellos, y á todos los va enterrando; bien que como él dice, los periódicos aunque parece que mueren no mueren; sino que sufren mil metamorféos, pues el que se llama hormiga, viendo que como hormiga no alcanza el sustento que busca, se mete en un agujero, se echa unas alas, y sale convertido en mosca: pero tampoco encuentra que comer, y vuelve á salir trasformado en mariposa; de allí á un poco de tiempo deja de volar, y sale despues zumbando los oidos, hecho un tábano completo; desaparece el tábano, y á poco nos dicen que anda por ahí un murciélago, ó una araña, ó una sabandija, ó el diablo que cargue con ellos, que no saben qué nombre ponerse para sacar mejor los cuartos de las bolsas.

Sabrás como la cojera no me impide hacer la digestion; y que á mi amo dicen que le *tiran* por allá arriba; no por la Côte celestial, sino por la còrte de Madrid; porque no les gusta á algunos que diga las verdades tan desnudas, pero él me ha dicho á mí; déjate, Tirabeque, que el dia que oigas decir: á Fr. Gerundio *le tiraron* porque cantaba las verdades, como que nos entró en mayorazgo en casa: verás entonces como medramos los dos; porque á mí el ser Fr. Gerundio y á ti el ser Tirabeque no nos lo quita todo el poder humano junto: mira, para cuando llegue este caso

ya tengo discurridos dos títulos para dos artículos que nos han de valer dos mil suscripciones, el uno dirá: *Fr. Gerundio caído por decir las verdades*; y el otro *Fr. Gerundio sacudiendo capilladas á dos manos*. Con que yo, como veo que á el no le da cuidado, tampoco le tengo de que me falte la bucólica, que es el título á que estoy ordenado.

Sabrás como este año se preparan grandes tormentas para el mes de diciembre; y como á San Crispin le tienen aqui por un santo de poco mas ó menos....—Hombre, tú que vas á decir?—Señor, las verdades requieren ser dichas asi á la cara, y no por detras. Vamos, ¿que le parece á V: de la cartita?—Pero hombre, si ahí dices cosas reservadas....—Eso no lo estrañe V., porque debe ser moda decir en público lo mas reservado. A lo menos en los periódicos de Andalucía he visto estos días una circular del gobierno político de Málaga á los ayuntamientos de la provincia que decia: *reservadísimo*, y viene en todos los papeles públicos.

Y ahora ¿cómo concluyo la carta, señor?—Ahora pones: *tuyo apasionado* Tirabeque.—Señor, si yo no le tengo pasion maldita, ¿por qué he de mentir?—Pon *sinó*; *afectisimo*.—Ni *afectisimo* tampoco; si no lo traté nunca, ¿qué afecto le he de tener yo? eso seria engañarle.—Vaya, pues di: *dispon de tu fino amigo*.—Ni yo soy muy fino ni somos cosa mayor amigos.

—Pero hombre, si es fórmula—¿Cuál es fórmula?
 el mentir? Vaya, pues concluye besándole la ma-
 no que es mas de etiqueta.—Eso es y la puede
 tener manchada de pez: y aunque la tenga limpia;
 está bien cerca para ir yo á besársela.—Pero hom-
 bre, se dice por urbanidad, como entre nosotros.
 —Diga V. se dice por mentir.—Tambien puedes
 poner; *dispon como gustes de tu....*—Si eso quiere
 decir *de tu persona* pase si es de la mia, dispon-
 drá en lo que á mí me acomode; no hacen Vds.
 mas que mentir en las cartas.—Vaya pues concluye
 como te de la gana.—«A Dios, Crispinuelas; y
 te dé tanta gloria como para sí desea.—*Tira-
 beque.*»

